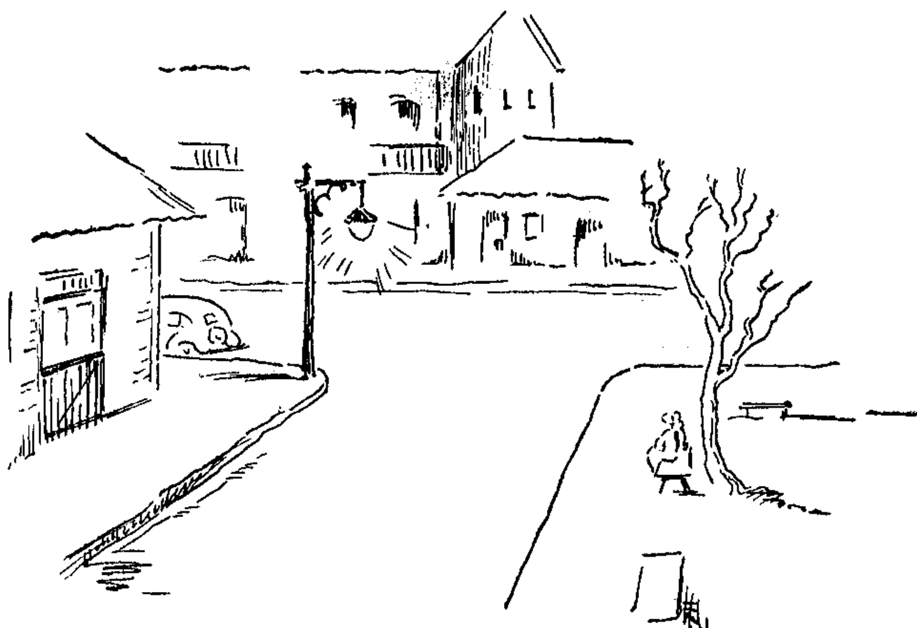


DEMETRIO HERRERA S.

Antología Poética

Panamá, Enero de 1945

DEMETRIO HERRERA S.

Antología Poética

Panamá, Enero de 1945

A Guisa de Prólogo

* * *

Yo pienso que en el momento poético de Panamá es oportuno publicar esta Antología de Demetrio Herrera Sevillano.

En la nueva generación literaria panaméña Demetrio Herrera tiene un sitio. No podríamos explicar atinadamente la poesía contemporánea del Istmo sin mencionar a Herrera.

Posee su emoción y una emoción tan suya, que hay que estudiarla. Desde "Kodak", el cuadernillo de versos editado en 1937, hasta "Cambiantes", que aparece ahora por primera vez, en este libro, hay una transformación sensacional en la poesía de Herrera: se inicia con "La canción del pueblo", el librito aparecido en 1939.

Los comienzos de Herrera son de un objetivismo singular. Es el hombre que pasea, un poco al azar, y recoge sus impresiones. Sus impresiones quedan en la placa fotográfica que utiliza su maquinita. La lente es de una luminosidad extraordinaria; por eso los detalles se reducen a términos definidos: si el poeta enfoca los primeros planos, quedan como esfumados los fondos: si el poeta pretende hacer resaltar los fondos, los primeros planos se desenfocan, y este desenfoque es intencionado, no producto de la improvisación. Son los inevitables efectos de la luminosidad. Para que la totalidad resulte enfocada se necesita o diafragmar mucho o que la lente tenga un ángulo de luminosidad inferior. Por eso esta poesía de Demetrio Herrera es así.

La lectura de la obra de Herrera — resumida en esta Antología— desconcierta. El desconcierto se apoya en que los versos de "Kodak" parecen posteriores a los de la "La canción del pueblo". Es una mera apariencia. Esa objetividad tan moderna de"Kodak" subyuga. Y sin duda la gracia del ritmo ayuda a ello.

Por ejemplo, el "Nocturno en las calles" tiene su comparación con la "Letanía de las calles": el Nocturno es de "Kodak": la Letanía de "La canción del pueblo".

Entre este ritmo irônico del Nocturno — su gran acierto —

aquella melancolía trágica de la Letanía, con su insistencia en la clausula anfibráquica, qué preferir...?

Son muy variados los problemas que sugiere la lectura de la poesía de Demetrio Herrera y creo que sin precedentes en la literatura panameña de hoy, cuyo punto de partida puede señalarse en Rogelio Sinán. Hay que no olvidar la cumbre de Ricardo Miró, solitaria, magnífica, con ese carácter tan específico del arte latino — del arte español sobre todo — en el que los solitarios son paradójica legión. ¿Quién se parece a Fray Luis...? ¿Quién a Quevedo...? ¿Quién a Goya...? Broncos y extraños solitarios...!

El hacer poesía — dice Heidegger en su comentario a Hoelderlin —comienza por aparecer con la discreta figura de juego. "Esta tarea, entre todas la más inocente" inventa sin trabas su mundo de imágenes y en ese reino de lo imaginario e imaginado se queda absorta. Y este juego, por ser tal juego, se evade de la seriedad de las decisiones, que, al comprometerse, dejan siempre de una manera u otra de ser inocentes.

La poesía es, según esto, algo completamente inofensivo. Inofensivo. Inofensivo e ineficaz. Todo se va en decir y en hablar: cosas que nada tienen de acción que aprese — sin intermediarios — lo real, y lo transforme.

Esta poesía de Herrera conserva el misterio hoelderlinniano de juego. Pero es un juego trascendente, además de inofensivo e ineficaz.

Se da en Herrera aquel concepto magnífico: poesía es la palabra primogénita de un pueblo. De aquí que la poesía no tome la palabra cual si fuera un material que está de cuerpo presente para que se le trabaje; por el contrario, podría decirse que la poesía, la existencia de la poesía, hace hacedera la palabra. Explicará esto que exista el poeta que no escribe en prosa...? O aquel al que se le encrespa la prosa...?

Yo, ante la poesía de Herrera, me presento el problema de la inutilidad de la poesía. La poesía no tiene objeto práctico "inmediato" sobre la tierra. La poesía es una creación, como la vida y el hombre. A lo que agregaría que la poesía no es invención del hombre, sino un hecho inmanente suyo. Perdería mucho de su sutil gracia si fuera invento del hombre. La poesía es un hecho inmanente, condición de su ser y ser por sí. Su importancia reside en que ES.

La poesía es una interrogación constante. Ahora que es una cosa real. Manuel Machado, el poeta andaluz, escribió una vez:

Porque ya
una cosa es la poesía
y otra cosa lo que está
grabado en el alma mía.
(Grabado: lugar común.
Alma: palabra gastada.
Mía: no sabemos nada,
todo es conforme y según.)

"Una cosa" nos dice el poeta, es la poesía. Y por algo será que, para él, ese algo, la poesía, sea una cosa, una cosa real. Y "otra cosa" lo que está grabado en el alma del poeta. Otra cosa real, pero distinta. Y qué lo graba en el alma...? La memoria. Y alma y memoria son dos "cosas" difíciles de separar. Para San Agustín, para Bergson — tan distante — son la misma cosa. Quizá Rubén Darío en aquel prodigioso sonetillo, poco mencionado sin razón, al citar al genio nicaragüense, nos definiera bien esa "cosa" de la poesía. No era una mujer la del sonetillo: era la poesía, "esa cosa":

Mía, así te llamas,
qué más armonía?
Mía, luz del día,
Mía, rosas, llamas.
Qué aroma derramas
en el alma mía!
Oh mía, oh mía,
¡i sé que me amas!

"Mía" en el sonetillo de Rubén es la poesías "Tú", en su feminidad exclusiva, es en Bécquer la poesía.

Poesía es la conformación de la materia con el espíritu, ha dicho Santayana. La palabra la sirve: la palabra, que tiene usos racionales— conversación— y prerracionales —plegaria—: la palabra vale por su referencia a los objetos, pero también por su propio valor elemental, ha escrito el filósofo catalán ingerto en norteamericano. Y este valor elemental, "per se", es el musical, secreto de la poesía. "Mientras lo musical no se somete a lo significativo —explica el filósofo— difícilmente puede el lenguaje relatar un suceso o apuntar a un objeto inequivocadamente. Pero si prescindiera en absoluto de lo musical, pasaría a ser una especie de álgebra o taquigrafía sin valor poético." El "quid" está en la armonía de ambos valores, el significativo y el musical. Por eso el plano inferior de la poesía está en lo que no tiene elemento lógico, la que se compone de puros arabescos sonoros, formas vacías. Lo poético debe tener un contenido objetivo o si se quiere sustantivo, si bien para que una frase sea significativa, basta con que "abra las compuertas a una poderosa emoción, aunque su claridad y coherencia no sean particularmente notables", escribe Santayana. Tal el caso del culterano y del conceptista. Fuera de la armonía de lo significativo y lo musical, no hay más que poesía bárbara.

Así veo yo a Demetrio Herrera, con un gran sentido musical en su poesía, y significativo. Un significado propio, que es lo que integra al poeta.

T. S. Eliot, discurriendo en torno al poema "Blue Closet", de William Morris, ha dicho que es un poema delicioso, "pero yo no puedo explicar qué significa y dudo que el autor pudiera hacerlo. Mas su intención es obvia: producir el efecto de un sueño." No es necesario, para gozar el poema, saber qué es lo que significa ese sueño; pero los seres humanos tienen la firmísima creencia de que los sueños siempre significan algo:

han creído — y muchos creen todavía — que los sueños revelan los secretos del futuro: la ortodoxa creencia moderna es la de que los sueños revelan los secretos — al menos los más horribles — del pasado. Un poema puede significar muy "diferentes" cosas a "diferentes" lectores, y todos estos significados pueden ser "diferentes' del que quiso darle el autor. Por ejemplo, el autor pudo muy bien haber escrito alguna experiencia muy peculiar y personal, que él vió sin ninguna relación con algo del mundo exterior; sin embargo, para el lector el poema puede llegar a ser la expresión de una situación general, así como alguna experiencia privada suya. La interpretación del lector puede diferir de la del autor y ser igualmente válida — quizá hasta superior. Tal vez haya más en un poema de lo que el autor pueda darse cuenta.

En "Ciudad", el poema que cierra la selección de "Kodak", se lee:

En este pasadizo,
la oscuridad
me ha extraído
las pupilas...

Cuántas "cosas" — siempre cosas...! — dice al lector esto sólo...! Cosas que serán las que siente el poeta, las que quiere "significar" con "música" el poeta, pero también otras "cosas" que que vagan por su alma, merced a la memoria, al recuerdo. El pasadizo de Herrera será éste o aquél. El del lector, otro pasadizo, quizá en una ciudad extraña que nunca pisó Demetrio Herrera. Esa es la poesía. Y ése el misterio del poeta. Y de la poesía. Y se llega a algo concreto, que también apunta T. S. Eliot: que la poesía, al final de cuentas, no es más que una conversación, una persona que conversa con otra. Y esto es igualmente cierto si se canta, ya que el canto es otra forma de conversar. Toda revolución, en poesía, está apta para ser un regreso al lenguaje cuotidiano. Esta fue la revolución que Wordsworth anunció en sus prefacios. Los partidarios de una revolución desarrollan el nuevo idioma poético en una u otra dirección: lo pulen o perfeccionan. Qué han hecho esos poetas que se han denominado "de vanguardia" sino esto...? Lo que ocurre es que mientras el lenguaje hablado continúa cambiando, el lenguaje poético pasa de moda. Claro es que ninguna poesía es exactamente igual al lenguaje que el poeta habla y escucha, pero tiene que estar en tal relación con el lenguaje de su época que el lector pueda decir: "así es como yo hablaría si yo pudiera hablar en poesía."

La música de la poesía, por tanto, debe ser una música latente en el lenguaje ordinario de su tiempo. Y esto significa también que debe estar latente en el lenguaje ordinario del lugar del poeta. De ahí que molesten esos juegos "a lo arcaico" en poesía pura. Y de ahí el gran valor de la poesía de Demetrio Herrera: que encuentra la lengua de su lugar, de su Panamá, y de ella extrae la música y el significado. El diálogo o la conversación — como se quiera — de este poeta es con su pueblo, actual. Es su esencial valor. Y es la fuente de su emoción.

La producción poética de los últimos veinte años — lo mismo en Panamá que en el resto de los pueblos civilizados — deberá catalogarse

en uno de esos períodos de búsqueda de un adecuado y moderno idioma coloquial.

Analicemos ahora, un poco más en concreto, la Antología de Demetrio Herrera, para volver a insistir en algunos de los temas insinuados, como contera de este ensayo.

Es posible que yo este equivocado, pero "Kodak", el folleto de versos de Demetrio Herrera, publicado en 1937, me parece lo más puro de toda su poesía. En "La canción del pueblo" tal vez se encuentren "Orfandad", de extraordinaria fuerza, "Hacia el trabajo", que podría incluírse en "Kodak", el admirable soneto "Vida pobre", "Calidonia", hondamente irónico, casi desesperado, "Sabatina" y "Cuartos", a la manera de los poemas de "Kodak" igualmente, pero con nuevas savias, "Tú siempre dices que sí", profundo y agrio en su cubileteo de palabras, y "Letanía de las calles", piedra angular de la manera del poeta; pero "Kodak" guarda una originalidad, un grito inocente y objetivo, que me hace recordar a Hoelderlin, citado en los comienzos de este prólogo. Sin embargo, hay otras composiciones que tendrán muchos lectores y que, sin embargo, a mí me llegan mucho menos. Tales "La fiesta de San Cristóbal", con trozos de romance excelentes; "Al Parque de Santa Ana", cuyo ritmo recuerda los alejandrinos de Ricardo Miró; "El elogio de la enfermera", "Jacinto el Carpintero"—casi campoamoriano, —y un grupo de poemas circunstanciales que no hay por qué mencionar y que tienen su justificación precisamente en la circunstancia.

"Cambiantes", la tercera parte de la Antología, colecciona esos versos que se le quedan al poeta en un cuadernillo olvidado y que no se decide a dejar inéditos. Cierto que en "Cambiantes" ha incluído Herrera el "Romance del caballo oscuro", uno de los más hermosos romances de la moderna poesía panameña; mas no basta.

Quedémonos, en primer término, con "Kodak". El rubro quizá nos distraiga un tanto: no importa.

"Kodak" no es un conjunto de versos juveniles. Demuestran al poeta hecho. Sus piruetas a lo Huidobro, a lo Gerardo Diego, en creacionista, no restan mérito a esta parte de la Antología.

"Entrenamiento" sugiere la comparación de nuestra ciudad de Panamá, asomada al mar, con un encuentro de boxeo.

Los edificios —fanáticos del ring—
contemplan apiñados
el gran entrenamiento.

Es finísima la metáfora. Como esta otra, contenida en perfectos heptasílabos:

Y un aplauso de ola
hace empinar la torre,
con el reloj en mano,
para llevar el tiempo...

La sutil sonrisa de "Domingo" recoge la sensación del día de fiesta, que se remata con esta nota que es un magnífico esguince poético:

En la esquina,
un poste se entretiene
viendo en ropa interior...
a unas naranjas...

Siempre en pleno salto de la imaginación, "Nubes", lo menos intenso del cuadernillo, comienza con un trozo sorprendente:

Por la plaza del espacio
pensando vienen
y van.

El ritmo está tan hecho, tan de acuerdo con el viaje de las nubes, que se alcanza la mejor onomatopeya.

"Nocturno de las calles" es de primerísima calidad. Sin agarrarse a la rima, Demetrio Herrera, lleva el octosílabo con ciencia musical, en alguna estrofa, la segunda, combinado con su hemistiquio tetrasilábico. No es nuevo: lo hizo Jorge Manrique. Pero tiene el sabor de lo nuevo. Las metáforas — como en todo "Kodak" — poseen un color tan exacto que subyuyan. No se suprime la ironía popular en esta poesía trabajada y culta.

"Con mi Kodak" y "Ciudad" no desmerecen del ramillete de poemas.

La emoción de 'Kodak" es netamente panameña: no se ha ofrecido con anterioridad esa nota en nuestra poesía. En ciertos instantes se aproxima a "Onda", de Sinán, mas con su propio sentido, con su significado y con su música. Y el lenguaje poético es auténtico de Herrera, como su ritmo, de una prestancia inconfundible.

Yo agregaría a "Kodak"—ya lo he indicado—"Orfandad", "Ha cia el trabajo", "Calidonia", 'Sabatina" y "Cuartos". Están dentro de la línea, con esencias sentimentales. Quizá donde más se acentúa la sentimentalidad — que no se despeña en sensiblería — es en "Orfandad". Y está muy bien. Este final es agrio, desolado, de una melancolía que desgarra:

Se oye el silencio... Se oye.
El aire petrifica su presencia
y sólo la protesta del mar
cruje lejana.
Nada responde a los rugidos, nada.
El cielo es un giboso sordomudo.
Un palacio sin lumbres...
sin entradas.

En "Cuartos" hay aromas de esa cosa atosigante y formidablemente popular que Herrera siente milagrosamente:

Y,
zonzos
            de calor y noche,

pasan cuartos.
Cuartos...
Cuartos.
Cuartos de la gente pobre
con sus chiquillos descalzos.
Cuartos donde no entra el sol,
que el sol es aristocrático.

"Tú siempre dices que sí" sabe a pueblo; y es el diálogo —poesía— con el pueblo. Una protesta y un consejo. Difícilmente se hallará en la poesía panameña nada más fuertemente revolucionario, mayor sed de justicia. Es un himno de lealtad;

Por favor!
Que no se diga
que tú no tienes conciencia.
No, no, no!
Ni que sólo dices sí
aunque necesites no.
Ni que te gusta el ultraje.
No, no, no!
Ni vagar en la miseria...

"Vida pobre" es un soneto de auténtica antología. Es un poema perfecto de fondo y de forma. Hasta ese heptasílabo, tercer verso del primer cuarteto, le añade una dignidad musical extraordinaria. El comienzo es formidable:

He vuelto triste a mi tugurio. Triste.
Mi madre, perspicaz, ha comprendido
que nada he conseguido...
nada contra el dolor que nos asiste.

Citaré por final el "Romance del caballo oscuro". La noción del ritmo de Demetrio Herrera le lleva a captar sonidos con un oído musical privilegiado. Este trozo del romance guarda una prestancia tan panameña, tan gentil, que cabe señalarla como modelo:

Praca, prapraca, prapraca,
sobre su lomo, el jinete,
cuyos albos pantalones
regada espuma parecen.
Praca, prapraca, prapraca,
sobre su lomo, el jinete...!

Se siente la fiesta, los jinetes que el tres de Noviembre despiertan la tradición: el sol, la calle dura, la parada ante la puerta de la cantina, colorines de banderas, compases del himno: "Praca, prapraca, prapraca..."

Alta poesía, poesía popular...!

El poeta lírico —lírico es Demetrio Herrera— establece un diálogo con el mundo: en este diálogo hay dos situaciones extremas, dentro de las cuales se mueve el poeta: una, de soledad; otra, de comunión. Siempre intenta comulgar, unirse, mejor dicho reunirse, con su objeto. Y este objeto es su propia alma, esa "otra cosa" de Machado; la amada, Dios, la Naturaleza. Para reunirse ha de haber dos cosas. No importa que el poeta se sirva de la magia, de la magia de las palabras, del hechizo del lenguaje, para solicitar su objeto: nunca pretende utilizarlo, como el mago, sino poseerlo, como el místico. Así se reúne Herrera con las calles: en místico. Y ante todo su testimonio poético es el testimonio de la inocencia innata. El poeta revela la inocencia del hombre y de sus instintos. Pero su testimonio no vale si no transforma su experiencia en expresión, esto es, en palabras. Y no en cualquier clase de palabras, ni en cualquier orden, sino en un orden que crea sus propias leyes y su propia realidad: el poema. Por eso ha podido decir un crítico francés que "en tanto que el poeta tiende a la palabra, el místico tiende al silencio". Esta diversidad de direcciones distingue la experiencia mística de la expresión poética. La mística es una inmersión en lo absoluto: la poesía es una expresión de lo absoluto o de la desgarrada tentativa para llegar a él.

Entre estos dos polos de inocencia y conciencia, de soledad y comunión, se mueve toda la poesía.

La poesía sigue siendo una fuerza capaz de revelar al hombre sus sueños e invitarlo a vivirlos en pleno día. El poeta expresa el sueño del hombre y del mundo —conversación del hombre con el mundo— y nos dice que somos algo más que una máquina o un instrumento, un poco más que esa sangre que se derrama por enriquecer a los poderosos o sostener la injusticia en el poder; algo más que mercancía y trabajo, ha dicho Octavio Paz.

La poesía nos enseña la futura edad de oro y nos llama a la libertad.

Aprendamos esta lección de poesía, que es lección de libertad, en este libro esencial para la cultura de Panamá que es la Antología de Demetrio Herrera Sevillano, poeta del pueblo y de la canción del pueblo.

E. R. VERNACCI

Panamá, Octubre de 1944.

Kodak

1 9 3 7

En arte caben todas las
escuelas, como en un rayo
de sol todos los colores.

CHOCANO

ENTRENAMIENTO

Para Mauricio Díaz G.

El mar —boxeador rápido—
tiene de pun
chin
ball
a los barquillos inquietos.

Con la toalla del viento,
la tarde frota el cuerpo
sudoroso del bóxer.

Los edificios —fanáticos del ring—
contemplan apiñados
el gran entrenamiento.

(El muelle cuchichea
con un vapor que fuma)...

Y un aplauso de ola,
hace empinar la torre
con el reloj en mano
para llevar el tiempo.

Chiquillos vagabundos,
los pájaros marinos
se cuelan por el techo.

DOMINGO

Las fachadas,
curiosas,
agrúpanse en las aceras
para mirar al que pasa.

La tarde pasea en autobús.

El sol tiene una mano
metida en la cantina
y hay un danzón travieso
que me está haciendo cosquillas.

Niños.
Corrillo sin brújula.

Un auto duerme la siesta,
y desde los balcones
saludan las banderas.

En la esquina,
un poste se entretiene
viendo en ropa interior,...
a unas naranjas.

N U B E S

Por la plaza del espacio,
pensando vienen
y van.

Procesión de dirigibles
en un vuelo sin parada
por el mundo
sideral?...

Míralas!
Están cansadas
y doloridas de andar!

Oh, las nubes!
Pobrecitas!

En qué conflicto estarán!

NOCTURNO DE LAS CALLES

En la rodilla de un poste
—rubí que luce la noche—
el foco sobresaltado
de una cajilla de alarma.

Los faroles eléctricos
—candelabros ante el muerto
de la calle—
echan sus brazos de luz
en las espaldas sedosas,
del silencio.

Están las casas pensando.
Y el cielo —mesa de Dios—
viste su carpeta bruna.

Traigo la mirada: grave
me va observando la sombra.
Entre la sombra hay un bulto:
algún fantasma en la sombra.

Abro el compás de mis piernas
y marco un punto
2
3...
y marco miles de puntos.

La soledad ha dormido
a la ciudad en sus brazos.

Sólo mi existencia sigue:
la lleva el sueño a empellones
hacia sus paredes 4.

CON MI KODAK

Para Jorge Rogelio Villalobos

De la tienda de un asiático
sale una niña que lleva
cristal humeante
en la mano.

(Yo tengo la esquina presa
con mi inclemente calzado)

Súbito... ¡ZAS!
Es el viento
que,
al huir de un automóvil,
me ha echado encima su cuerpo.

Los trabajadores pasan
con el cansancio en los hombros.

Un chico cruza corriendo.
Y,
el sol,
que se va cayendo,
se agarra de un edificio.

Estomacal refunfuño!...
Y por un inerte brazo
de la calle
parto aprisa.

En el camino me hallo
con la gente...
y con la brisa.

C I U D A D

Ahora voy
trazando
una línea de construcción
con los lápices de mis piernas.

Los automóviles abren los ojos.
La gente sube a las casas
por acordeones en desperezo.

En este pasadizo,
la oscuridad
me ha extraído
las pupilas.

Anuncios trepadores
contemplan sonreídos
la ciudad;
de las habitaciones
salen a tomar aire
los reflejos.

Así cruzo las calles indefensas
que el paso hiere sin piedad.
Y mis recuerdos
son
—también— motivo
de mi entretenimiento.

Suave los llevo
de una mano,
a otra,
cual rubia colección de figuritas
de estrellas
del cinema.

La Canción del Pueblo

1 9 3 9

¿Por qué si puede Dios, no satisface
a la hambre cruel que nos devora?...

CARVAJAL-SALMO

O R F A N D A D

Para GIL BLAS TEJEIRA

He venido a buscar la voz de azúcar.
He venido a buscar los agresivos
ósculos reventones, que me azuzan.

Carbón
es este sitio.
Yo,
para distraerme,
retozo con su nombre
—confite halagador—
entre mis labios.

Hundido hasta la rústica rodilla
duerme en el mar el muelle proletario.
Y cerca mí
3
almas;...
3 almas que el cemento martiriza,
que les suelta el furor de sus agravios.

Rugen las olas con acento grave.
Contra el muro de cómodo edificio
avientan el peñón de su coraje.

Mas ah!
que por el crudo
aprieto de calleja enlutecida,
—veste algodón en carne nacarina—
la esencia, la esperada.
Luciérnaga vivaz por una gruta.
Lucífera azucena que aproxímase
por sombras apiñadas.

Se oye el silencio... Se oye.
El aire petrifica su presencia
y sólo la protesta —del mar—
cruje lejana.
Nada responde a los rugidos, nada.
El cielo es un giboso sordomudo.
Un palacio sin lumbres...
sin entradas.

J A P O N

Mira, tigre taimado, carnicero,
a entretenido toro y... le arremete.
Contra el rubio titán: brazo de acero,
empuñaste, lo mismo, tu estilete.

Qué valor! Qué pujanza!... Maromero,
cruza el Asia tu sol en gallardete;
que de niño soñó tu guerrillero
espíritu las fajas que somete.

Diminuto Caifás! Riego amarillo
en trágica explosión. Cegar ansías
la estrella libertaria, que aún fulgura.

Mas de tu sol extinguiráse el brillo!
Hecho ceniza lo verán los días
cubriendo tu insondable sepultura.

JACINTO, EL CARPINTERO

Para DOMINGO H. TURNER

"Dejad que surja el verso despeinado y sonoro"

GEENZIER

La tarde está cabizbaja.
El viento, que tanto viaja,
a reposar se detiene.
Unos por la acera van,
otros por la acera vienen.

Entre tan simple ajetreo,
tan cuotidiana revuelta,
va Jacinto, el carpintero,
que de su labor regresa.
Le pesa la hora del ángelus
y su cansancio le pesa.

Sucio y mostrando en la faz
del sol furioso castigo,
va, pues, Jacinto Tejada,
sudoroso, pensativo,
cuando al momento se pára.

Es una linda muñeca
lo que su atención le roba.
Cautiva en una vidriera,
nota que libre quisiera

ELOGIO DE LA ENFERMERA

Por el amplio silencio del dolor se desliza:
su figura, terneza; su vestido, azahar.
Inestable paloma que su vuelo esclaviza,
arrullando un infante, suavizando un penar.

De su boca, que es vaso carmesí, la sonrisa
—incentivo, consuelo— se desborda al cruzar.
Y es así como entonces el paciente divisa
la furtiva esperanza, de volver a cantar.

Que tal va por las salas la enfermera querida:
la poción en los dedos, en los labios la vida,
que con ellos quisiera presurosa partir.

Por lo mismo resalta del enfermo la duda;
pues no ve si es Hipócrates, o si, grata y menuda,
la sonrisa de ella, lo que le hace vivir.

LETANIA DE LAS CALLES

Para el licenciado don Angel L. Casís,
que también siente.

Conozco las calles. Las calles conocen
también mi infortunio, mi ensueño, mi voz.
Las calles son largas mujeres tendidas
que el hombre a martirio tenaz condenó.

Sujetas, prendidas por brazos terribles,
las hieren los coches, las tuesta el calor.
Las calles no logran quitarse la ruda,
la ruda y sañuda, lanzada del sol.

Tacones... Tacones... Con dura inclemencia
golpeando su alma, gozosos se ven.
No tienen quien cure su trágica herida,
quien borre su angustia, quien salve su ser.

A veces enroscan su cuerpo de piedra.
Ocultan, a veces, su pecho viril.
Las matan los golpes —gritón sonsonete—
que el mundo, perverso, las suele inferir.

En noches profundas las hallo rendidas;
las deja, cansado, el ruido voraz.
Las calles parecen, dormidas, los muertos,...
los muertos de alguna contienda brutal.

Quien sabe qué sueñan entonces las calles!
Quien sabe qué cosas sus sueños dirán!
(Tan solo pedazos hacer las cadenas,
aquel que las sufre, precisa soñar).

La bala: chispazo, corcel invisible
que corre la Muerte, que silba al correr,
su rostro empurpura con sangre del uno,
con sangre del otro, con sangre de aquel.

Oh calles cautivas!... Si al menos pudieran
gritar sus pesares, decir lo que ven!
Caifás pisa ufano su cuello deforme
y Judas las tiene de hogar y cuartel.

Anónimo errante, me acogen las calles!
Las calles conocen mi paso, mi voz.
Las calles me quieren, porque, como ellas,
sufro sin que a nadie le interese yo.

Valientes, soportan serenas el yugo;
indóciles, rugen atroz gravedad.
Yo veo en las calles el noble, ¡el magnífico
afán de pararse, de hablar y luchar!

Oh calles amigas!... Cadáver la fiebre
feroz de libraros, la pena es en mí.
Atadas, tiradas al suelo, ultrajadas,
oh calles amigas!, tenéis que vivir.

Yo sí, Yo sí puedo!... Que lúgubres miro
mi estrella soñada, mi sol, mi ideal?...
Poderosas alas, seguiré a la cima;
persistencia cruda, lograré llegar.

Mas no la victoria, la meta, la gloria,
hermanas en cuita, me envanecerán.
Que desde mi cielo,... ¡que desde mi cumbre!
como de costumbre, con vosotras, calles,
oh calles cautivas!, vendré a platicar.

UN GRITO A LAS BALAS

Para el licenciado José Isaac Fábrega, periodista de fuste y amigo sincero de la democracia.

Oh balas viajeras, furiosas, temibles
que andáis con la muerte! Oh balas de horror!
Audaces, fugaces y casi invisibles,
silbáis un silbido que causa pavor.

Os ven las auroras. Cual pérfidas aves
os ven las mañanas en jira fatal;
las noches que tristes, inquietas y graves
tornasteis ¡oh balas!... Oh balas del mal.

Sois dedos, mil dedos malignos y rudos
que niños y ancianos hacéis sucumbir.
Que mal os hicieron ¡oh trágicos nudos!
oh dedos sañudos! que haceislos morir?...

Matáis los sembrados. Las débiles chozas,
¡oh balas ansiosas!, ¡perenne matáis!
¿Qué mano os impele, criaturas odiosas;
qué mano rabiosa, que así torturáis?

Cambiad vuestra ruta. Las almas que libres
anhelan mirarse, no deben caer.
De grasos, de grises, de gruesos calibres
salís como locas, sin ver ni creer.

Oh balas terribles, horribles viajeras
que andáis con la muerte! Oh balas de horror!
Moled ¡implacables! —si sois justicieras—
cualquier asesino...
cualquier opresor.

HACIA EL TRABAJO

Come que se come el truck
la carretera de nácar.

Lleva feliz el vagón
obreros que ufanos viajan
y hay un anhelo muy hombre
de comenzar la jornada.

Come que se come el truck,
la carretera de nácar.

El frío es una Gillette
que corta el cuerpo y el habla.
Uniformadas de verde
le dicen adiós las ramas;
adiós, el cielo de yeso
desde las inquietas alas.

Rugiendo sigue el camión
tras la carretera blanca.
Es un hambriento león,
tras una sierpe de plata.

Súbito, SAZ!. . . es un carro,
que junto del carro pasa.

Y entre el verdor de la fronda.
y entre el mirar de las casas,
come que se come el truck,
la carretera de nácar.

De pronto el raudo y glotón
camión, detiene su marcha.
Y alentados por el aire
sabroso de la mañana,
del generoso vagón,
los trabajadores saltan.

El sol les mira y sonríe,. . .
el sol se pone a sus plantas.
Canta contento el palmar
y todo ¡contento! canta.

VIDA POBRE

He vuelto triste a mi tugurio. Triste.
Mi madre, perspicaz, ha comprendido
que nada he conseguido...
nada contra el dolor que nos asiste.

Está el fogón cual lo dejé: dormido.
Pero la pobre en ocultarme insiste
el hambre que su rostro ha deprimido,
y, "mañana, —me alienta— tú persiste".

Dúlcidas expresiones que comprendo!
No quiere —madre al fin— mirar conmigo,...
conmigo el mal, sobre mi mal creciendo.

Y así marchamos, tras la misma estrella:
hoy ella riendo, y yo, porque consigo;
mañana sin reir, ni yo, ni ella.

C A L I D O N I A

Los automóviles gritan.
El tranvía pide permiso
y el viento me cae encima
atropellado por los autobuses.

Súbito, ZAS!
un jamaicano salta,
del brazo de la vía,
al heroico pescante de una chiva
que se come —¡golosa—! la distancia.

La calle respira por sus callejones.
Y,
—carbón de mangle en bruto—
en soso monorritmo
las sólidas cabezas.

—What are you doing, my brother?
—Nothing, nothing.

Por aquí a las cantinas
pariéronlas juntitas
como a las hermanas Dionne,
y hay un hedor travieso
que insiste en molestarme.

Negros. Más negros. Más negros.

—What are you doing, my brother?
—Nothing, nothing.
Terquedad de las casas
en atajar la calle,
que intenta liberarse,
—¡delicioso!—
del trato siempre injusto
que danle los vehículos.

CALIDONIA!
Algunos cruzan corriendo...
Las chivas se persiguen
y ríos abigarrados de gente que va y viene,
inundan las aceras.

En el ombligo férvido
el policía del tránsito
abofetea el ambiente.

S A B A T I N A

Sábados de la ciudad
en las noches. Las cantinas,
la ciudad.
Todo lo incendian los hombres
que trabajan en la Zona
del Canal.

Los billetes de a 10 dólares;
las reyertas embriagadas;
el zigzag...
Y los hogares ayunos;
pues que muchos derritieron
sus dineros,
en el bar.

Son las cantinas aprieto
de jauría que saloma.

Qué distinto el canto ése!
No se parece al que entona
allá en la sierra el labriego
que va subiendo la loma.

Sábados de la ciudad,
bullangueros! Las cantinas,
Panamá.
Todo lo incendian los hombres;...

esos hombres que vinieron
a la Zona
del Canal.

PARQUE DE SANTA ANA

Para ELISEO ECHÉVEZ

Parque "Santa Ana"! Carrosel antiguo,
deliciosa rueda de la distracción.
Te recuerdo tanto ¡tánto! que atestiguo
que soy una rama, de tu ramazón.

Tu figura, necio, maltraté irritado
sin que te inmutases por mi proceder.
Estoicismo santo que ha vigorizado
esta tolerancia de mi padecer.

Parque Santa Ana! Lírica bandeja
donde exhibe el pobre su penalidad.
Cromo de tertulias donde se festeja,
donde se moteja, sin perplejidad.

En las noches danza sobre tu corona,
visitante, el viento, con nervioso son.
Y un susurro grave, como de persona,
va surgiendo entonces de tu floración.

Empaparon lobos tu sencilla frente
en la sangre núbil de Ferdín Jaén.
Les miró la torre, resignadamente,
resignado, el cielo, les miró también.

Parque Santa Ana. Circular y craso,
eres fuerte abrazo de mi Panamá.
En sus calles —cintas de potente lazo—
la ciudad tu imagen ostentando está.

Te venero mucho! No hay en la mañana
—que madruga a verte— mi veneración.
Es que soy tu amigo, Parque Santa Ana.
Más que amigo: rama, de tu ramazón.

C U A R T O S

Para Pedro Méndez Miró

Zonzos
de calor y noche,
pasan cuartos.
Cuartos...
Cuartos...
Cuartos de la gente pobre
con sus chiquillos descalzos.
Cuartos donde no entra el sol,
que el sol es aristocrático.

Mujeres semidesnudas
están lavando en el patio,
y pregonan los fogones
un silencio
cuadrilátero.

Cuartos donde necia da
la tos, funeral silbato.
Cuartos con sus caras mustias;
con su exposición de harapos.

La enferma se asoma y llama;...
la enferma se asoma y llama
al viento, que no hace caso.
Aprieta el zaguán oscuro.
Abofetea el tinaco.

Y,
zonzos,
de calor y noche,
pasan cuartos.
Cuartos...
cuartos.
Cuartos de la gente pobre
con sus chiquillos descalzos.
Cuartos donde no entra el sol,
que el sol es aristocrático.

LA FIESTA DE SAN CRISTOBAL

Chepo, que te alegras, Chepo!
Están las gentes llegando;
sonrientes y juguetones
el Mamoní y el Ballano.
A la aurora le rompieron
su vestidura los autos.
Afable brisa saluda
gozosa al recién llegado
y repartiendo va y viene
cosquillas el entusiasmo.
Están inquietos los árboles;
inquietos por verse abajo;
inquietos por ver de cerca
la fiesta de su poblado.
Llega gente, gente llega...
y gente sigue llegando.

Todos al festín se lanzan
al punto desesperados.
Van desbaratando el viento,
el sol van, desbaratando.
Cómo corren, como gritan!

Cómo han el pueblo asaltado!
Cómo se cruzan las chivas!
Cómo las chivas y carros!
Ya vénse los ventorrillos,
ya jinetes desbocados!
Ya se paran, ya se meten
a libar algunos tragos.
¡La fiesta de San Cristóbal,
amigo, José Delgado!

II

Cuando las luces, burlonas,
de harina las sombras manchan;
cuando a contemplar la fiesta
salen las estrellas castas,
grupo campal femenino
por entre el bullicio marcha.
Con sus afilados pechos,
hincando la noche avanzan.
Este las dice un piropo,
aquel a verlas se pára.
El otro pasa y el otro,
sus cuerpos tentando pasa.
El reflector de la luna
les pone Dios en la cara.

El cielo por mil huequitos
ufano el festín "aguaita";
que en bochinchoso contento
ardiendo está la comarca.
Se oye por allá una cumbia,
por acá una mejorana;
allá un tambor que convida,
acá una voz embriagada;
allá la sal zalamera,
¡sabrosa!, de la "curacha".

Corazón que tánto sufres!,
huye del dolor y marcha
a refugiarte en la fiesta,
que allí el dolor no te halla.
Corre, corre, corazón,
que tanto sufrir te acaba!

III

Aura infantil mañanera
halló bebido el poblado.
El sol se viste de limpio
para seguir festejando.
Van mujeres para misa,
chiquillos a hacer mandados.
La brisa pasa corriendo

medrosa de los borrachos.
La brisa pasa corriendo
con el traje alborotado,
roza que roza con lo
que obstaculiza su paso.
Los ojos andan diciendo
que muchos han trasnochado.

IV

Todos a mirar acuden,
ansiosos, la procesión.
Todos en vestido nuevo,
todos en calle de honor.

Música de paz que anima
con su salterio Asunción.
La tarde encendida trae
la inmensa vela del sol.
Sílfides con estandartes,
creyentes en oración.
Entre las ofrendas puras
con que la fe le premió,
hércules de barba rubia,
viene San Cristobalón.
Lleva un chiquillo en el hombro,
lleva un cansancio feroz.

Todos alejarse miran,
despacio, la procesión..

V

El sol es sobre la arena
sonriente alfombra de oro.
Y para la arena pasa
mucha gente a ver los toros.
El sol es sobre la arena,
sonriente alfombra de oro.

Toro que torea torero
a quien el "seco" dió arrojo.
Lleva extendida la capa
y llama con el pie al toro.
El bicho escarba y la cola
mueve disgustado y tosco.
(Tiene la color de tierra,
en U los cuernos filosos).
De pronto el silencio llega,
la nerviosidad de pronto.
Váse retirando el bicho
y,
arremete, de tal modo,
que ¡SAZ! un pase, otro pase...

y queda burlado el toro.
aplausos el pueblo todo.
Rompe en furiosos y tercos
Páranse todos a un tiempo
y muévense, a un tiempo, todos.
El sol es sobre la arena
sonriente alfombra de oro.

VI

Febo muerde; que la juma
a Febo en morder le ha dado.
"Que viva el pueblo, que viva",
pasa el alcohol pregonando.
"Que viva el pueblo", repiten,
en el billar de Bolaños,
surgen en pregón paseando.
y mil nombres por el aire

Por todos lados la gente,
la gente por todos lados.
Tienen motores las risas,
tienen motores los tragos.

¡La fiesta de San Cristóbal,
amigo, José Delgado!

TU SIEMPRE DICES QUE SI

Paisano mío,
panameño;
tú siempre respondes: sí.
Pero no para luchar.
Que no para protestar
cuando te ultrajan a tí.
Paisano mío,
panameño;
tú siempre respondes: sí.

Si te dan un peso diario,
—sí, sí, sí.
Si te gobierna un tirano,
—sí, sí, sí.
Paisano mío,
panameño;
tú siempre respondes: sí.

Aprende a decirle no,...
aprende a decirle no
a lo que le dices sí.

Pero no, que dices no
cuando necesitas sí.
Y al decir sí cuando no
y no cuando debes sí,
resulta que tu sí es no,
lo mismo que tu no sí.

¡Por favor!
Que no se diga
que tú no tienes conciencia.
No, no, no!
Ni que sólo dices sí
aunque necesites no.
Ni que te gusta el ultraje.
No, no, no!
Ni vagar en la miseria...

Pero no, que dices no
cuando necesitas sí.
Y al decir sí cuando no
y no cuando debes, sí,
resulta que tu sí es no.
lo mismo que tu no sí.

Tú siempre respondes: sí,
paisano mío,
panameño;
tú siempre respondes: sí.
Pero no para luchar.
Y menos para ultrajar
cuando te ultrajan a tí.
paisano mío,
panameño;
tú siempre respondes: sí.

Cambiantes

Por qué cantáis la rosa...
¡Oh poetas!
Hacedla florecer en el poema.

HUIDOBRO

UNA CANCION MUY FRAGIL

Para República Aguilera,
chiquilla inteligente, quien
cumple hoy sus nueve años

Qué luce en las calles
la rosa más blanca
de todas las rosas
que vió la comarca?...

Por ese, por ese
motivo es que falta
allá en mis jardines
la rosa más blanca.
La rosa de nieve.
La rosa de nácar.

Ah sí, que tú eres!
Ayer que jugabas
con otras chiquillas
al pie de tu casa,
miré en tu terneza
la rosa que falta

allá en mis jardines...
La rosa que siente,
que grita y que salta.

Muñeca —te dicen—
ha tiempo escapada
de alguna vitrina
brutal, que atajaba
tus pies: azucenas
recién recortadas.

Muñeca que mira
por gotas de malva;
por dos aceitunas,
por dos esmeraldas.

Juguete, Florero
de seda, de nácar
do siempre surgiendo
se advierte una mata:
tu mata de pelo,
tu pelo de brasa.

Que digan. Que digan,
criatura de plata!
Mas eres aquella

feliz rosa blanca
que allá en mis jardines,
ha mucho que falta.

Te llevo. Las flores
—que son tus hermanas—
te quieren, te piden,
te piden, te llaman.

Ah sí!, que tú eres
y aquella es tu casa!
Lo cantan las aves...
Graciosa lo canta
la brisa que, inquieta,
buscándote pasa.

Por eso te llevo.
Por eso no escapas.
Por eso te buscan,
racimo de gracia.

Las flores más bellas
—que son tus hermanas—
te piden, te quieren,
te quieren...
te aclaman.

GIRON DE AYER

Noches inolvidables esas noches
ante la espera suspirando inquieto.
Era ruido el lugar. Era un completo
ir y venir de infatigables coches.

El cielo, ufano, relucientes broches
reventaba en su traje. Y, como un reto,
el mar; celoso, árido, indiscreto,
bramábame salíferos reproches.

Murmurio. Gravedad. Al fin, de blanco,
al fin, sencilla y ondulante el flanco,
tu figura, a mi encuentro, caminaba.

Eras una magnolia... Y eras una
ventana abierta de la noche bruna
donde el jilguero —de mi amor— cantaba.

II

Ah, por entonces nuestra vida: bella,
sonriente cual el sol, divinizada!
(Recuerdas? Una noche despejada
tu rostro equivoqué con fina estrella).

Pero todo fué inútil. Tal aquella
ola al lanzarse en la rompiente, nada,...
nada con tu traición desesperada,
quedó del suave idilio... ni la huella.

Hoy que a mi mente en su vagar, sujeta
súbito la inarmónica faceta
desa ilusión — al mi profundo roza.

Quimera que murió como quimera.
Crisálida infeliz que falleciera
cuando pudo haber sido mariposa.

LLAMARADA

En besos me hablabas tú.
Yo te contestaba en besos.
El mar, celoso de tí,
refunfuñaba grotesco.
En besos me hablabas tú.
Yo te contestaba en besos.

La luna tuvo la idea,...
la luna tuvo el acierto
de apaciguar su sonrisa,
que delataba tu cuerpo.
La luna tuvo la idea
de hacer propicio el momento.

Incendio de carne virgen
a mi contacto de fuego.
Rompiste un ósculo en llamas
entre mis labios sedientos,
y enfurecidos tus brazos,
encadenaron mi cuello.

(De su insistencia prendido,
el mar, rumoraba recio)

Por acariciar tus muslos
alzó tu vestido el viento,
y sublevabas mi sangre
con el punzón de tu pecho.

Oscuridad celestina
de nuestro idilio indiscreto:
bajo un azul sin estrellas,
cabe genial monumento...
Y a la mirada, distante,
de los faroles eléctricos.

Cómo lo muestra con rubia
fidelidad el recuerdo!:
que tú, me besabas loca;
que yo, te estrechaba ciego;...
que tú temblabas cual nívea
paloma sobre el alero.

Cómo lo pinta con áurea
fidelidad el recuerdo!,
y cómo anhelo encontrarte,
para vivirlo de nuevo.

L A   V I S I T A

Túmulo de doña Carmen Vda. de Rodaniche

Zarpo —bajel sin rumbo— a qué paraje?...
Qué orilla, qué ilusión, que desventura?...
Rápido, a la magnífica hermosura
de un sepulcro genial, detengo el viaje.

Nítido, celestial. Albo plumaje
de angélica reunión, su arquitectura.
Así la filantrópica, la pura
alma a quien se dedica en homenaje.

Cómo grita el silencio! Incauto sigo.
Y en la noche glacial, que va conmigo,
un labio siento, que mi labio roza.

Osculo sepulcral, tierno musita.
Lleva el calor del que agradece y goza:
un verso, una oración... una visita.

CANCIONCILLA DEL AMOR PERDIDO

Trigueña:
de tu partida,
acosa el instante ya.
Con ella un ave perdida
por el zarzal de la vida,
quedará.

Pregona que voy llorando,
el viento,
correvedí....

Pregona que voy llorando
porque viene galopando
el momento...
el momento:
malo y rudo, rudo y terco,
para mí.

Sonríe el sol de la tarde,
y majestuoso se mece
un barco —ladron de niñas—
sobre su cómplice azul .

Te vas.
Adiós, trigueñita!
Canela de mis lugares!
Juguete del Niño-Dios!

Adiós mientras que soporte
mi melancólico adiós.

Mientras te aleja la barca.
Mientras te vislumbro,
adiós.

YO SOY TU PRESIDENTE

Esa sonrisa alegre de la mañana
es tuya.
Esa sonrisa tierna;
se la prestaste tú.
Que digo de memoria tus gustos y tus dones.
Que puedo denunciarte por esos incendiarios
abrazos repentinos que inventa tu vigor.

Ah, sí!
Pues soy el alba riente. La luz. ¡El presidente
de la república fresca de tu gracia!
Y,
rubricaré un decreto,...
prohibiendo que te miren.

Canela de mis ansias; rizófora flexible.
Canela que en aurora con música de ave,
tornó mi anochecer.
El níspero es la fruta más dulce, ¡más sabrosa
que dá la tierra mía!

Por ello me reclino,...
sobre tus senos púberes.

Todo te sigue a tí.
Todo te sigue.
El sol
que escandaliza porque te besa y huyes;
porque te besa el aire,
sin que protestes tú.

Todo te sigue a tí...
Mas me proclamo dueño,
único... ¡efervescente!
de toda tu hermosura.

Imán: en tu pupila.
El garbo, —fino imán— de tu contorno.
Presidente absoluto
de la república tierna de tu gracia,
hoy,
rubricaré un decreto,...
prohibiendo que te miren.

H I M N O

Del Primer Ciclo de Enseñanza Secundaria de la ciudad de Chitré. — (Premiado).

C O R O

Adelante! Sin fin, compañeros!
Por la Patria: Lucífero altar;
por Chitré, por su flora divina:
ESTUDIAR! ESTUDIAR! ESTUDIAR!

Por la verde y gallarda palmera
que su cielo se ve abanicar.
Por sus ríos: serpientes de plata;
su avecilla: volátil cantar.

Adelante! Con calma y cariño,
con la fe del que anhela triunfar.
Nos inspira su azul despejado,
bajo el cual aprendímosle amar.

De la LUZ surgiremos potentes.
Y si es hoy al esfuerzo sin par
de sus hombres, fulgor, a sus hombres,
bien sabremos mañana imitar.

C O R O

Adelante! Sin fin, compañeros!
Por la Patria: Lucífero altar;
por Chitré, por su flora divina:
ESTUDIAR! ESTUDIAR! ESTUDIAR!

F U G I T I V O S

Ibas endomingada. De la prisión del traje,
tus brazos —seda, nácar, festividad— huían.
Airosos fugitivos que desde su paraje
de sueño —detectives— mis ojos perseguían.

Olor a ropa limpia la tarde respiraba.
Calzados callejeros: sonrisas de charol.
Ignífero, insaciable, tu veste desgarraba
con la pupila un corro, que asesoraba el sol.

Mas se mostró el acecho, como la espiga, frágil.
Que, a pesar de ceñirte con la mirada, ágil,
febril ola de gente, escamoteó tu ser.

Hoy ante el ritmo dulce de brazos femeninos,
pienso en los tuyos: leves, volátiles, ladinos.
Prisioneros en fuga... que no pude prender.

ROMANCE DEL CABALLO OSCURO

Caballo toca-tambor!
Caballo de Ernesto Davis!
Con aire de valentón
la calle golpeando viene.

Praca, prapraca, prapraca,
sobre su lomo el jinete,
cuyos albos pantalones
regada espuma parecen.
Praca, prapraca, prapraca,
sobre su lomo, el jinete.

Orgulloso, en su camino
la cola contento mueve,
diciendo adiós al que pasa,
diciendo adiós al que viere.
Caballo toca-tambor!
Caballo de Ernesto Davis!

Patriota como muy pocos,
le gusta el Tres de Noviembre.
Y a los balcones se asoman
las mujeres cuando viene,
caballo color de vino,
lunar de plata en la frente;
altivo y conquistador,
sobre su lomo, el jinete.

Con aire de valentón,
la calle golpeando viene.
Caballo toca-tambor!
Caballo de Ernesto Davis!

T U   V E R S O

A Octavio Fábrega

Tu verso es puro y fácil, gracioso y palpitante
y luce la terneza de límpida oración.
Si no que nos lo diga tu "Madrigal Galante",
donde pusiste todo tu tierno corazón.

Tu verso tiene esa dulzura idolatrada
del aura al saludarse con la fragante flor.
Y dice, sonreída, la fuente desgreñada
que Dios te deja estrofas con un visitaflor.

Quien sabe! Mas yo pienso —sin ser una locura—
que el aire —buen poeta— te silba y la tersura
te da de sus cantares y tú eres el firmón.

Pero lo más seguro, moderno apolonida,
es que se vuelva música el fondo de tu vida
o lleves ruiseñores dentro del corazón.

1928

F I N

DEMETRIO HERRERA S.,

vivirá eternamente agradecido de:
Don Ricardo Adolfo de la Guardia, Presidente de la República,
del Ayuntamiento Provincial de Panamá,

de los señores:

Dr. Eduardo Chiari,
Don Ricardo Marciacq,

los licenciados,

José Isaac Fábrega,
Angel Lope Casís,
Agustín Ferrari,
Heliodoro Patiño

y de mil amigos más, quienes, con su contribución desprendida y desinteresada, hicieron posible la publicación de este librito. Viene tal gesto, que emana de un sinnúmero de compatriotas, y que el autor considera un homenaje, a desvirtuar la idea de que en Panamá ni se aprecia ni se estimula la poesía.

Se terminó de imprimir esta obra en la Imprenta de la Academia, en la ciudad de Panamá, Rep. de Panamá, el día treinta de enero de mil novecientos cuarenta y cinco.
Dibujo: CARCHERI • *Dirigió*: EL AUTOR